

EL FARO

REVISTA QUINCENAL DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS Y MAGNÉTICOS

Todo efecto
reconoce una causa.

Todo efecto inteligente
acusa una causa inteligente. *

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Sevilla, UN REAL al mes.—Pentecosta, Ultra-
mar y Extranjero, CUATRO REALES, trimestre
adelantado.

SE PUBLICA

LOS DIAS 10 Y 25
DE CADA MES.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su imprenta, Aire 2, y en la administración
Linares 15.

ADVERTENCIA.

La abundancia de material nos ha impedido dar cabida en este número á la parte que correspondia de *El Proceso del Papa*. En el próximo número daremos á conocer el final de tan ruidoso hecho.

DERROTERO INFERNAL.

VI.

Apuntes para un viaje al Infierno Católico.—Algo sobre lo que han visto los viajeros infernales.

Dejando á los escritores sagrados de la Iglesia católica, apostólica romana, veamos lo que dicen los intrépidos viajeros que, aunque en espíritu, han creído penetrar en ese centro imaginario que tanto horripila á los que no se quieren tomar el trabajo de analizar sus creencias.

Ante todo es de advertir que, aunque todavía no se sabe donde está el infierno, ni se sabrá nunca, desde que el infierno es un mito bajo el punto de vista que lo presentan los explotadores de la conciencia humana; sin embargo, hay, según se dice, quien lo ha visto. No han penetrado en él como Orfeo, Hércules, Ulises, Telémaco y

otros valientes penetraron en el infierno pagano; pero han sido trasportados allí en espíritu, como le acaeció á Santa Francisca Romana, Santa Teresa y otras varias viajeras y viajeros espirituales que han ido allá y han visto verdaderos prodigios. Han visto arder á Babilonia, á Ninive, y á Roma. Han visto á sus habitantes encadenados. Han visto sacerdotes y cortesanos haciendo vida común en rejios y majestuosos salones, ahullando sobre sus asientos, de los que no podían desprenderse, y hasta lo han visto libar copas de fuego derretido para apagar su sed abrasadora. Han visto príncipes de cuyas manos caía oro derretido y se derramaba por su cuerpo como lava del Vesubio. Han visto campos inmensos que en vano trabajaban los condenados para satisfacer su hambre devoradora, desde que jamás alcanzaban á dar fruto alguno. Hay quien han visto en el infierno montañas llenas de cráteres apagados, como las montañas de la luna; llanuras sin fin, cruzadas de insondables precipicios como las resquebrajaduras que dejan los fuertes terremotos, bosques vivos y selvas dolorosas cuyos melancólicos y tristes gemidos destruían el alma al pasar; pozos de alquitra hirviendo, fuentes alimentadas con lágrimas, ríos de sangre, torbellinos de nieve, desiertos de hielo, barcas de náufragos perdidos, sin brújula y sin timón, navegando en mares sin orillas. En fin, en materia de

infierno los católicos han visto todo cuanto los paganos vieron y mucho más aún. Los santos del martirologio romano han visto demonios con cuerpos de hombre y colas de mono, con alas de murciélago, con cuernos, con corazas, con escamas, con patas y uñas corvas, con dientes largos y agudos. Han llegado á ver demonios armados de espadas, de garfios, de hachas, de picos, de azadones, de pinzas, de tenazas candentes, de palas, de barretas, de sierras, de parrillas, de fuelles, de bigornias, de mazas, de martillos, de taladros, de barrenas, y en fin de cuantos útiles hay en un bazar americano. Han visto demonios armados de grandes cuchillones y largos asadores, destrozando y achicharrando la carne humana á guisa de cocineros de su magestad infernalísima. A unos lo han visto convertidos á voluntad en leones, tigres, panteras, hienas, leopardos, víboras y culebras de cascabel. A otros arrastrando con arpones de hierro candente á los condenados hacía sus solitarias cavernas llenas de huesos humanos; á estos, transformados en cuervos, estar arrancando las entrañas á otros tantos Prometeos, sin esperanza de que un nuevo Hércules los salvara. A los de mas allá, convertidos en dragones y corderillos alados, cargar sobre sus anchas y nervudas espaldas las víctimas que aparecían en los dominios de Satanás, para conducirlos en cadenas al lugar de sus tormentos, llenas de espanto y desesperación, chorreando sangre por todos sus miembros destrozados y pidiendo en vano y á toda su voz un socorro que nadie podía prestarles en aquellas mansiones del horror y en aquellos subterráneos y bóvedas tenebrosas. Sin embargo, dicen también los viajeros citados, que algunas veces movidas á compasión aquellas fieras voraces, dejaban caer á sus víctimas en el lago del azufre hirviendo que hay en el infierno—sin duda para el servicio de las temporadas de baños—y allí tenían el consuelo de ser recibidas en las amorosas garras de los escorpiones gigantes ó de los grandes corderillos infernales, teniendo la satisfacción además, de ser rodeadas por densas nubes

de langostas emponzoñadas y víboras voladoras. Vamos, aquello debía ser muy consolador, apesar de que, según se dice, el menor contacto del azufre infernal produce unas convulsiones que ni al baile de San Vito puede compararse. Allí los monstruos de variadas clases, figuras y dimensiones, abren por todas partes bocas voraces, mueven de continuo sus deformes cabezas de fuego, sacuden epilépticamente sus largas cabelleras de áspides, y haciendo mil fantásticas contorsiones y morisquetas infernales, al devorar á los réprobos, dejan en descubierto sus triples baterías de afilados dientes y colmillos curvos, cuya sola vista hubiera erizado los régios cabellos del mismo Pluton y hasta las blondas melanas de la diosa Proserpina, su real consorte.

También refieren los infernalistas, que se vé chorrear la sangre, negra y humeante que arrojan las furias infernales, y hasta salir llamas de fuego por uno y otro lado de las grandes mandíbulas de que están provistos tan antipaleontológicos y desconocidos monstruos infernales.

Y lo peor del caso es que, cuando menos se piensa, vomitan dichos monstruos los cuerpos de los condenados, si bien magullados y molidos, vivos, sin embargo, en virtud de su inmortalidad y de que tienen que sufrir sus tormentos eternamente. De otro modo no sería verdad aquello del «*Ite maledicti, in ignem aeternum.*» Así es que en el infierno católico no hay lugar á expiación. Aquello es un padecer perpétuo, un sufrir sin esperanza y una desesperación sin término, en donde el dolor crece en razón directa del cuadrado del tiempo que pasa durante una eternidad de eternidades. Y lo peor de todo es que la Iglesia romana pinta á sus creyentes un Dios tan cruel y vengador que se complace en crear almas para que después de pasar sus días en la tierra, rodeadas de toda clase de sufrimientos, tentaciones y lazos traidores, vayan á sufrir penas tan atroces, por toda una eternidad, sin dejarle el derecho de expiar sus culpas para regenerarse y conquistar el perdón.

Por otra parte, si los jentiles tenían su rey ó Dios infernal en Pluton, los católicos tienen el suyo en Satanás, con la diferencia de que Pluton se ceñía á gobernar dentro de los límites de su sombrío imperio, y por cierto que los ministros Eaco, Minos y Radamanto no gobernaban tan mal que digamos, desde que aplicaban el castigo en proporción y relación al delito cometido; mientras que Satanás, según la Iglesia católica, no solo gobierna en el infierno, sino que tiene esparcidas por toda la redondez de la Tierra sus lecciones de demonios, con la traidora intención de tender zancadillas á los hombres y sobre todo á las mugeres con las que hace mucho más negocio, sin contar con que, según la misma iglesia de los infalibles, en el infierno que combatimos se castiga á todos por igual, sin tomar en cuenta las circunstancias atenuantes ó agravantes que pueda haber de por medio.

En una palabra, el infierno católico es la mansion más perfecta del dolor, el complemento de todos los horrores imaginables y por imaginar y el resumidero de todas las aberraciones, blasfemias y gazafatos del catolicismo romano. Todas sus imágenes están tan materializadas que recuerdan desde luego á los dioses del Amenti y del Tártaro, participando también de los caracteres idolátricos de los Fenicios, de los Moavitas y de los demás pueblos paganos de la antigüedad, á los que el ritual romano se ha sobrepuesto con sus ridiculas mímicas y detestables payasas; resultando que los tales condenados á penas eternas, ó, mejor diré, los tales padres de la iglesia católica, apostólica romana que sostienen el estúpido dogma de la eternidad de las penas del infierno y otros por el estilo, ponen en un serio conflicto, ante el vulgo á lo menos, la bondad y justicia de Dios, si puede llamarse Dios de veras al Dios Momo que se afanan en presentar á sus imbéciles adoradores.

Ya veis, pues, queridos suscritores de EL FARO, que si el espiritismo serio, ó mejor diré, el racionalismo cristiano, está llamado á combatir el ignoratismo y hacer

la luz en la escena social, alumbrando también el camino de la verdad que debe dejar trazado á las generaciones futuras y á las que aun hoy mismo marchan á la cola de la civilización moderna, alucinadas por el fausto deslumbrador que despliegan ante sus limitadas inteligencias los farsantes de Roma; todos los que profesamos de buena fe las sábias y consoladoras doctrinas de dicho racionalismo cristiano, estamos en el imprescindible deber de poner de relieve, por cuantos medios estén á nuestro alcance, las deformidades y los disparatados dogmas terroríficos, á cuya sombra abrumadora los enemigos del progreso social tratan de inculcar en el corazón humano sus heréticas y retrógradas doctrinas, con el criminal propósito de tener á oscuras las inteligencias, mientras ellos empuñan el poder é influencia social, se apoderan de la riqueza de sus víctimas y hasta de su honra misma.

R. CARUANA BERARD.

Valencia, Setiembre de 1882.

CRISTIANOS Ó RACIONALISTAS

Con este epígrafe nos dedica—aunque de una manera embozada—*El Mensajero Cristiano*, un artículo en su último número.

Viene el órgano sevillano de los protestantes presbiterianos, á tomar plaza en la cuestión que sosteniamos con *El Cristiano* de Madrid.

Plácenos sobremanera que no se guarde silencio en una cuestión en la que tenemos especial empeño en debatir, puesto que nunca nos duelen prendas cuando se trata de definir los principios filosóficos y morales que el *racionalismo cristiano* (vulgo *espiritismo*) sustenta.

Cristianos ó racionalistas titula el articulista su trabajo, dando á entender que para ser cristiano hay que abdicar de la razón. Que esto lo digan los católicos no nos extraña, puesto que los misterios y milagros increíbles son la base de sustentación del edificio católico. Pero que los que

pregonan y predicán el libre exámen en las escrituras digan que es antagónico y refractario el cristianismo y el raciocinio, nos parecería increíble á no saber que los protestantes predicán el libre exámen como mera fórmula; puesto que las sagradas letras—como ellos dicen—han de entenderse al pié de la letra ó como convenga al interés del protestantismo, sin saber de donde sacan la clave de descifrarlas, como no sea en sus intereses de escuela; en el hecho de que las escrituras aconsejan que se *escudriñen y examinen* (1) sin marcar ó señalar el secreto para hacerlo, contentándose con indicar que *se retenga lo bueno*.

Empieza *El Mensajero* diciendo que: *el que acuse á los protestantes de intolerantes y exclusivistas no los conocen*; porque no tratan de convertir el Cristianismo en campo propio para dar patentes de Cristianos. Pero á la verdad que no sabemos cómo calificar el hecho de negar el nombre de cristianos á los que *no atendiendo á fábulas judáicas y á mandamientos de hombres que se apartan de la verdad; porque todo hombre es faláz* (2) solo se ajustan á la síntesis de la ley predicada por el Maestro.

Si en el capítulo 16 de Lucas, versículo 16, no encontraríamos estas palabras; *la ley y los profetas hasta Juan, desde entonces es anunciado el reino de Dios* y estas otras: *nuevo pacto, dió por viejo al primero. Y lo que es dado por viejo y se envejece, cerca está de descanecerse* (3) nuestra razón misma nos haría desechar la antigua ley como parto de una imaginación bastante adelantada para su época, si, pero que siempre se amoldaba á los conocimientos de entonces, ajustándose en sus mandatos al atraso y carácter del pueblo á quien dictaba las leyes.

No trataremos, por lo tanto, de demostrar al articulista—como él no lo exija—que para nosotros no pueden tener más valor las antiguas escrituras que el que pu-

diera merecernos un relato curioso donde veíamos la fecunda imaginación de un hombre y la crueldad de otros, así como retratada la ignorancia y superstición de un pueblo.

Añade *El Mensajero* que el Cristianismo tiene sus dogmas, los que hay que acatar; pero la verdad es que, nosotros por mucho que repasamos el Evangelio, no encontramos indicio alguno que nos indique que Cristo fundara ninguno. Si *El Mensajero* pudiera enseñarnos el texto que nos demuestre dicha necesidad, se lo agradeceríamos; porque procuramos saber si en las palabras de Cristo: *amará á Dios sobre todas las cosas y á tu prójimo como á ti mismo* (1), se encierra algún misterio imposible de profundizar sin revestir el carácter sacerdotal ó haber cursado teología. Antes bien, creemos haber leído en las escrituras estas palabras: *guardaos de los escribas que gustan de andar con ropas largas y quieren ser llamados maestros* (2); *habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición. Hipócritas, tenéis el nombre de Dios en la boca y vuestro corazón está lejos de Él. En vano honrais á Dios enseñando doctrinas y mandamientos de hombres* (3). *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque limpiais lo que está fuera del vaso más por dentro está lleno de suciedad* (4). También decía el Maestro al ocuparse del modo en que debía efectuarse la oración: *Tú cuando ores entra en tu cámara y á puerta cerrada, ora á tu Padre, que él ve el corazón de sus hijos* (5).

Si en estas palabras no se combaten los dogmas y el formulismo religioso, no sabemos qué objeto se propusiera Jesús al pronunciarlas.

Tócanos ahora decir algo acerca de algunas palabras que *El Mensajero* emplea; porque en esas citas, que hace suyas, trata perfectamente á la escuela protestante.

(1) Mateo, cap. XXII, v. 37 al 40.

(2) Márcos, cap. XII, v. 38 y Mateo XXIII, v. 6 y 7.

(3) Mateo, cap. XV, v. 1 al 20.

(4) Mateo, cap. XXIII, v. 25.

(5) Mateo, cap. VI, v. 5 al 8.

(1) Tesalonicenses, cap. V., v. 21.

(2) Tito, cap. I., v. 4.

(3) Hebreos, cap. VIII, v. 13.

la cual sienta como base de la salvacion el injusto dogma del fatalismo y de la predestinacion.

Dice el colega protestante: *Dios conoce los que son suyos; la fe es un don de Dios; Dios es el que trae á la Iglesia los que han de ser salvos; á lo que contestamos: Si á nosotros no se nos ha conferido el don de la fe, culpese al Dios parcial que los protestantes nos pintan. Si no nos encontramos satisfechos en la Iglesia reformada, culpese de injusticia ó negligencia á ese mismo Dios, que aun no ha tenido á bien introducirnos en el redil.*

¡Válgame Dios, señores protestantes! ¡Que Dios os habeis buscado tan injusto y parcial!

Si á nosotros no nos sirvieran como lenitivo moral las palabras de Cristo y estímulo para el trabajo la doctrina espiritista, á la verdad, que no nos faltaria razon—al escuchar á los protestantes—para abandonarnos en brazos del destino, yá que no para renegar de Dios, por el escaso patrimonio que en materia de fe nos ha concedido, esperando resignados el momento en que le pluguiese sacarnos del infructuoso estudio de la filosofía racionalista y de la práctica inútil de la caridad, para hacernos formar parte de una congregacion evangélica donde cantaríamos constantemente himnos en alabanza al Dios de los templos.

Por lo que hace á esos ponderados dogmas que *El Mensajero* reconoce como indispensables para cumplir con los mandatos de Jesús, le diremos que no creemos ni en el pecado original, ni en las penas eternas, ni en la divinidad de Jesús, en el supuesto de ser Dios encarnado, ni en la existencia del demonio; primero, porque nuestra razon y la lógica no nos permiten blasfemar de Dios y de la ciencia, y en segundo lugar, porque *El Mensajero* no nos enseñará que en las Escrituras existe algo en contradiccion con estas palabras que alli encontramos: *no sufrirán los hijos por las culpas de los padres, sino que cada*

cual pagará por su maldad (1); *No castigará, Dios, eternamente* (2). *No quiere el Señor que el pecador muera, sino que se arrepienta y viva. Voy á mi padre y vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios* (3). *Poque el Padre mayor es que yo* (4).

Esperando que *El Mensajero* nos dé la solucion de estas palabras, estamos siempre dispuestos á manifestar á nuestro contendiente, segun ofrecimos á *El Cristiano*, las razones que nos asisten en primer termino para desechar como absurdos los dogmas de que nos ocupamos, y en segundo lugar para desechar como inmoral un libro donde se nos pinta á Dios premiando la mentira, aconsejando el engaño, la muerte y el exterminio de los semejantes, cuando la ley dice que *el que á espada mata á espada muere* (5).

JULIO FERNÁNDEZ MATEO.

Á «EL ESPIRITISTA CATALAN.»

Con profundo pesar tenemos hoy que ocuparnos de impugnar á uno de los más apreciables y valientes órganos de nuestra doctrina.

El Espiritista Catalan, en su último número, se lamenta de que algunos espiritistas se hayan aunado con los libre-pensadores de distinta escuela con el objeto de proteger el establecimiento y desarrollo de escuelas laicas en España.

Como nosotros hemos sido de los primeros honrados con el titulo de socios honorarios de la CONFEDERACION CATALANA DE ENSEÑANZA LAICA, y como por otra parte nos hemos prestado á coadyuvar material y moralmente al sostenimiento de las fundadas en Sevilla, cúmplenos hoy aclarar esta cuestion (que sin duda no ha

1. Deuter.º cap. XXIV, v. 16.—Exequiel—XVIII, 20.—Jeremias, XXXI, 30 y Pablo á los Galateos, VI, 5.

2. Salmo, cap III, v. 9.—Isaías 57, 16, 18 y 19.—Jeremias, 3, 12.

3. Juan XX, 17.

4. Juan XIV, 28.

5. Mateo XXVI, 52.

sió suficientemente estudiada por nuestro querido colega), no con el objeto de satisfacer nuestra conciencia que nos dictó tal proceder, si no con el fin de probar á *El Espiritista Catalan* que nuestros actos en nada desmienten los principios que sustentamos.

Dice nuestro correligionario que, segun el diccionario y la etimología de la palabra, *láico* significa *lego*, y por lo tanto escuela láica significa escuela dirigida por seculares, añadiendo, no sabemos con qué fundamento, que hoy por *escuela láica* se entiende *escuela atea*, apoyando su opinion en que en tales centros de instruccion *no se dá la menor nocion del Ser Supremo* (1), y de esto deduce que las escuelas láicas han de ser el foco de donde salga una generacion atea.

Del mismo modo que el colega buscó la etimología y significado de la palabra láico, debió así mismo averiguar lo que significa la palabra *ateo*, buscar la relacion que puedan tener estas dos palabras, y por ultimo informarse si en las escuelas láicas se enseñaba á negar á Dios. Creemos que no lo hubiera conseguido; porque si bien es verdad que en las escuelas láicas no se dá nocion alguna de Dios, también es verdad que no se enseña á negarlo.

En este concepto encuentra el colega un inconveniente en que los espiritistas manden á sus hijos á una escuela donde no se les den nociones acerca de Dios.

Permita el colega que le demos á conocer nuestra opinion acerca de este asunto. Nosotros creemos que no es en la escuela donde debe formarse al hombre religioso y deista. La idea de Dios la adquiere el hombre forzosamente, por más

(1) No asentimos en lo que el colega espresa: puesto que no creemos que sea *no dar nocion del Ser Supremo* el no pintar á la inteligencia de los niños con los caracteres de la imperfeccion; desde que toda nocion de Dios ha de ser imperfecta. En las escuelas láicas se dá á conocer y respetar á Dios como causa superior, increada y creadora; llámense fuerzas, Naturaleza, ó accion vital del Universo etc., siempre resultará que el niño no se hace ateo en esos centros de enseñanza.

que algunos pretendan engañarlo y engañarse, al contemplar la obra divina y al escuchar su conciencia y su misma razon.

El hombre religioso se forma, ó debe formarse en el santuario de la familia, debiendo las escuelas de servir únicamente de educacion é ilustracion al individuo, enseñándosele al mismo tiempo sus deberes para con la sociedad.

Nosotros, aun cuando tengamos el trabajo de cumplir por nosotros mismos el sacratisimo deber de inculcar en nuestros hijos las creencias que profesamos, preferimos mandarlos á las escuelas láicas, donde no les den nocion alguna de Dios, á entregarlos en manos de interesados mentores que les hagan concebir del Ser Supremo ideas absurdas y verdaderamente ateas, pintándosele vengativo, cruel, sanguinario é injusto y haciéndole aparecer con todas las deformidades y vicios humanos.

Nosotros, como verdaderos amantes del progreso y prosperidad social, estaremos siempre allí donde veamos un medio de combatir el clericalismo, causa de nuestro atraso intelectual y de nuestra decadencia nacional; y si hoy estamos en causa comun con materialistas y ateos para la propagacion de la enseñanza láica no es ciertamente *como oscuros soldados ó comparsas*, segun opina el colega, sino como fieles y consecuentes á los principios de libertad y regeneracion; y como esta, á nuestro entender, no puede conseguirse sin la ilustracion del pueblo, no siendo posible que esta ilustracion sea una verdad en manos del clericalismo, ayudamos con nuestras escasas fuerzas al desarrollo y propaganda de las escuelas láicas, sin que en esto veamos sino el cumplimiento de nuestro deber como cristianos racionalistas.

Tenga mucho cuidado *El Espiritista Catalan*, no sea que en vez de servir los intereses de la escuela espiritista, lo haga de los de la *Internacional Negra*.

¡Mucho cuidado que se dan casos!

Termina el colega lamentándose de que los espiritistas, en vez de fundar escuelas donde impere el credo que defendemos, protéjan y ayuden á las escuelas láicas.

cas. A este propósito le diremos que organice una y allí nos encontrará con nuestro óbolo material y moral; pero mientras por nosotros solos nada podamos hacer, debemos unirnos en estrecha alianza con todos los que de una manera ú otra combatan al enemigo común.

No tema *El Espiritista Catalan* que con las escuelas láicas aumente el número de ateos, estos no llegarán nunca á informar las sociedades; por que sin Dios no puede haber sociedad.

No les conceda á los ateos mas valor que el que realmente tienen y piense bien sobre este asunto y conocerá que ha andado un poco ligero al juzgar á las escuelas láicas y á los espiritistas que á estas protegen.

Bástele saber al colega que el catolicismo se siente molestado, y bien lo manifiesta, con la fundación de las escuelas láicas, y esto le servirá por sí solo para comprender el valor de ellas.

Acostumbrese al niño á pensar y la doctrina mas racional será la que hará más prosélitos.

Tenga el colega más confianza en nuestra doctrina, y verá como no tiene que temer á las conquistas que el materialismo y el ateísmo pueda hacer entre los niños que salgan educados de esos centros de enseñanza.

Este es nuestro parecer; esta es nuestra creencia.

Por el círculo Espiritista *La Razon* de Sevilla.—JULIO FERNANDEZ MATEO.

PÁJAROS NEGROS.

Acabábase de trasponer el sol trás un diáfano horizonte, y la noche con su quietud y sombras se dilataba en esa lúgubre armonía en que todo enmudece: el pájaro en sus trinos, la fuente en sus murmullos, los árboles en sus gemidos y el hombre en sus sueños de gloria y de ventura.

Espiraba la última campanada de las doce, cuando las entrañas de la tierra pa-

recieron estremecerse, y los árboles inclinaron sus ramas y los animales que poblaban la selva huyeron despavoridos, y toda la Naturaleza parecia sobrecojerse á la perspectiva de algo infinitamente horrible. Esa hora de fantasmas y duendes jamás se presentó con tan fatídicos augurios; era un silencio de muerte, eran sombras más negras que las del infierno, era una quietud pavorosa é indecible.

Y, sin embargo, algo descubriase en la cima más alta de los Pirineos; en la negrura del firmamento destacase de improviso un pájaro de horrible forma, más negro que la noche; su aleteo despedía un sonido semejante á un lamento.

Llegó al límite que separa las dos naciones, y dirigiendo una mirada amenazadora, llena de ira y rencor á la Francia, dejóse caer con arrogancia en tierra española, cambiando aquella mirada que infundiera miedo al ánimo más esforzado, por una sonrisa que seguramente habria infundido más pavoroso temor.

Y lanzando un graznido de sonido misterioso dijo:

¡A mí, esclavos del Infierno! sucediéndose á aquel silencio un ruido de muchas alas en movimiento confundido con otro semejante al que resultase de la risa de una reunion de mugeres beodas.

No tardaron en caer junto á aquel primer pájaro otros seis de igual color y de la misma casta, diferenciándose, no obstante, todos en la estructura de la cabeza y de las garras; díjase que eran de un enorme peso, pues al caer tembló la tierra como sacudida por una fuerza terrible.

Reinó un breve silencio y despues oyo-se un rumor, salido de ellos, como si estuvieran en oracion.

El primero habló así:

Hermanos míos: hemos sido arrojados de aquellos campos y ciudades que explotábamos y nos han cerrados nuestros nidos y madrigueras... ¡Malditos sean los hombres, maldita sea la humanidad! Es preciso, pues, poseer esa tierra que á nuestra vista se estiende, tan fértil, tan abundante en oro y ricos productos, y para po-

sería contamos con recursos que en ella existen y que el tiempo no ha destruido; bastará con removerlos. Y si el pueblo nos repele... ¡con sangre de sus venas, amasaremos la arcilla de nuestras casas! Bien me conocéis, amados hermanos; soy el que no reconozco imposibles soy; el que con arrogante vuelo subo hasta el mismo Dios; soy por mi alcurnia el jefe indiscutible de vosotros; soy á quien obedecéis como si fuerais cadáveres... soy la *Soberbia!*

—Y yo, dijo otro de los pájaros, soy el que os sirvo porque me sirvo á mi propio. ¡Ay si el dueño de esta tierra pretende arrojarnos de ella! ¡Ay de la canalla que trate de alzarse contra nuestro poder! Yo haré que se encienda guerra fratricida en nuestro provecho; de eso me encargo yo que soy la *Ira*.

—¿Y qué no hareis estando yo aquí, pobres hermanos? Nadie como yo para escitar odios y rencores y cubrir al frágil espíritu del hombre con el manto de la desesperación, en eterna lucha contra sí propio, y condenarle á una sed insaciable de goces y tormentos, de felicidades que nunca llega á disfrutar. Miradme bien. ¡Soy la *Envidia!*

—Todo eso hareis, y mucho más, con mi ayuda. Yo os prometo el oro, que tanto ambicionáis. Allí donde haya un moribundo rico, allí estaré yo para rapiñar sus bienes, y hoy exigiendo y mañana mendigando, quedará por mía esta tierra de promisión; mio será el pan que coman nobles y pecheros; mías sus chozas y palacios, mías hasta su sangre. Y mientras nosotros seamos opulentos y poderosos, los hombres amasarán, con su sudor, el pan nuestro de cada día; todo esto lograré yo... que soy la *Avaricia*.

Y mientras así hablaban Soberbia, Ira, Avaricia y Envidia, los otros tres pájaros escuchaban con un indiferentismo estúpido.

La Soberbia les interrogó y ellos respondieron con asqueroso gruñido de la siguiente manera:

—También podeis contar conmigo, dijo el uno; yo embriagaré al hombre, haciéndole pensar unicamente en su propio

regalo para que así le encontréis desprevenido y sea más fácil la victoria. Ya me conocéis, soy la *Gula*.

—Y yo degeneraré su especie, para que raquíticos de cuerpo y pobres de espíritu, vivan en el vicio y sean nuestros esclavos. Yo les pintaré voluptuosas imágenes, yo les haré adorar figuras obscenas y también, también... seré dueño de sus mugeres... ¿Qué más podeis pedir á la *Lujuria!*

El último de los pájaros, con los ojos cerrados por el sueño, dijo:

—Y yo crearé casas muy cómodas, que se llamarán conventos, y prerrogativas que se llamarán capellanías, y dignidades miles, para que descanséis, durmáis y comáis á costa de ese pueblo estúpido. Entre tanto dejadme dormir... estoy cansado... soy la *Pereza*.

Perdióse la última nota de este diálogo; cuando la primera luz del alba teñía de gualda y arrebol las nubecillas del horizonte y elevábanse los mil acordes distintos de la Naturaleza como un cántico saludando la salida del astro diurno.

Y á esa luz se vieron bajando del monte é internándose en las aldeas y ciudades siete hombres, vestidos del color de aquellos pájaros, que invocando el nombre de Jesús, eran soberbios, iracundos, avaros y envidiosos y se entregaban hipócritamente á la gula, á la lujuria y á la pereza.

BOLIVAR.

MISCELÁNEA

Nuestro apreciable y estimado colega *El Debate* de Madrid dá la voz de alerta para que la sociedad no se deje sorprender por la Internacional Negra, por esa fatal plaga que se llama Jesuitismo; dispónese además *El Debate* á desenmascarar á esa tropa que conceptúa se encuentra en España por un hecho ilegal, en el mero hecho de que no se ha anulado la orden de expulsión.

IMP. AIRE 2.